

Libro-álbum

Los amigos de Pablito Gutiérrez

Pintura y Literatura para compartir

Javier Zeba y Mariana Cerrillo

2013

Presentación

“Los amigos de Pablito Gutierrez” es un proyecto donde, por medio de un relato ficcional, se encadenan pinturas y cuentos, que van formando un mundo de imágenes y palabras, en el que habitan personajes extraños y pintorescos.

En este mundo, Pablito, nuestro personaje principal, es un niño ucraniano que a través de su cámara fotográfica mira y capta las particularidades y excentricidades de una realidad que le es culturalmente ajena pero afectivamente familiar.

Allí, donde las pinturas se vuelven fotografías y los cuentos, crónicas, todo cobra un nuevo sentido. Nada es lo que a simple vista parece. Bajo la mirada ingenua, nostálgica y anecdótica de la imagen, no deja de fluir un mundo lleno de historias extrañas, pasiones oscuras y personajes bestialmente humanos.

Los ojos de Pablito Gutierrez nos develan no solo el costado más simple de lo que podemos ver, sino un aspecto más complejo de lo real, ese espacio profundo e inquietante donde se entrecruzan diversos relatos y omisiones, que construyen una realidad múltiple y fantástica, y que pocas veces sabemos mirar.

Este es el álbum de “Los amigos de Pablito Gutierrez”. Fotografías y crónicas enhebradas como cuentas en un largo collar ficcional. Imágenes y palabras que retratan un mundo mágico y extraño... o como decimos en el barrio: Pintura y Literatura para compartir.



Pablito Gutierrez dibujó su deseo

Pablito Gutierrez dibujó su deseo. Pidió con el corazón lleno de fe, como pide el corazón de un niño. Y esperó.

Cada carnaval en el Barrio de La Boca, sin distinción de credos ni talentos, todos se congregaban con antifaces, levitas y cacerolas a cantar y bailar. La tradición dictaba que la risa liberadora nos acerca a nuestros sueños y que estos se cumplen si los dejamos volar hacia lo alto. Tan alto como desearan llegar. Y así lo hacían. Luego de las canciones jubilosas, cada vecino dibujaba en un pequeño papel su deseo y lo echaba a volar alto, altísimo, en un globo, hacia el cielo.

El tío Mykola introdujo a Pablito en el ritual. Era el primer carnaval que Pablito festejaba lejos de Ucrania. Hizo un garabato con el lápiz en el aire, señaló con el índice un papel, y luego, en una contorsión extraña de sus pupilas, elevó su mirada hacia un globo. Pablito movió la cabeza con incompreensión. Mykola lo llevó hasta una mujer vestida de colombina.

La dama le mostró el procedimiento al niño con delicadeza. Dibujó un corazón, un redondeado y rojo corazón, sin duda símbolo de su deseo, y sonrió esperanzada. Ató un cordel al papel y luego lo amarró a un globo. Miró a Pablito a los ojos. Le brillaban de entusiasmo.

Ya había entendido. El tío Mykola y la colombina lo instaban con un ademán a realizar su dibujo. Tomó el lápiz, se sentó en el pasto y dibujó. Rayó, sombreó, delineó. Dibujó con dedicación, con verdadero deseo. Detrás, en la calle, entre los faroles y las máscaras, el resto se movía jolgoriosamente exhibiendo sus dibujos: tres niñitas con antifaces verdes y celestes, un señor a cara de perro con levita azul, unos niños vestidos de payaso y algunas mujeres con amplias polleras de colores. Todos reían con satisfacción comparando sus dibujos. A veces con sorna.

Cuando el niño terminó, acercó su papel al tío. Este lo amarró del cordel a un globo rojo. Se lo dio delicadamente y con su pesada mano comprimió el inocente puño de Pablito para mostrarle que debería tomarlo con fuerza y no soltarlo. Así lo hizo.

Un minuto antes de medianoche, el grupo se reunió en la esquina central, en la puerta del club, entre las mesas.

El bigote de Don Fermín fue el encargado de vivar el carnaval, y entonces, el cúmulo multicolor de globos se desprendió hacia el cielo, despedido por decenas de deditos que a modo de saludo los empujaban, secretamente, para que llegaran más alto. Un joven con dotes de acróbata fue el encargado de desenredar los que habían quedado atrapados en el cableado, presagio desafortunado de los deseos incumplidos.

Pero Pablito vio subir su globo sin dificultades. Rojo y radiante tomó la delantera, zigzagueando entre los obstáculos amenazantes. Atónito, miró cómo se elevaba hasta desaparecer en la noche. Cuando la colombina se acercó, el niño todavía conservaba sus bracitos hacia el cielo, como abrazándolo a la distancia.

Así voló su deseo. Alto, bien alto.

Cuentan que, tan solo unos días después, apareció su tío Mykola con una espléndida cámara de fotos acunada entre sus manos.





Las gemelas Mangiatutto
Óleo sobre tela – 60 x 60 cm

Pablito: su primera foto, su primera palabra

Todas las cosas adquieren su forma de acuerdo al ojo que las mira. O por lo menos así pensaba él, que veía el mundo a través de su cámara. Lo importante no es lo que está allí ante nosotros, todo lo que caóticamente nos rodea, sino eso que miramos. Eso que el ojo recorta delicadamente entre un montón de figuras y formas. Y ordena. Y da sentido.

Era natural, entonces, que Pablito pasara sus tardes observando las cosas con la avidez del principiante, en silencio. A través del lente, Pablito lo entendía todo, y “A buen entendedor, pocas palabras”... Aunque, en su caso, eran más que pocas: era ninguna. Él no hablaba castellano. Hasta el día en que conoció a las gemelas Mangiatutto.

-Los amarillos son míos, los verdes tuyos, ¿capisce?

-El verde es el gusto de los grandes. Para mí el amarillo –rugió Francesca desafiante.

-¡Stúpida! Ya dije que amarillo y rojo son míos. ¡Míos! ¿Capisce o non capisce?

Abele repartía caramelos chillando su enojo. En cambio, Francesca esperaba. Acariciaba el brazo de su muñeco con lentitud, con una delicadeza casi contenida.

-Imbecille... ¿Qué te has creído?... —mascullaba—. Uno para ti. Uno para mí... Uno para ti... dos para mí... uno para ti... dos para mí... ¡Sei uno stronzo!...

Francesca continuaba mirándola expectante. Sin alterarse. La pila crecía del lado de Abele. Pablito seguía la repartija de cerca, observando a uno y otro lado alternadamente. Confundido en la desproporción.

-¡Figlia di Puttana!... ¡¿Cuestionarme a mí?!... tres para mí, uno para ti. Tres para mí, uno para ti...

Terminados los Sugus, Abele Mangiatutto dio por finalizada la tarea. Y sonrió satisfecha. Tomó de nuevo su libro y acomodó su pollera. Francesca, sin quitarle los felinos ojos de encima, serena y desafiante, abrió su boquita:

-Los amarillos SON míos.

-¡¡¡Non mi rompere i coglioni!!! –estalló en furia Abele- ¿Qué te has creído? ¡¡¡Voy a contarle a Salvattore!!!

Pero cuando Abele dejó su libro dispuesta a correr hasta el padre, Francesca volvió a sentarla de un monumental trompazo. Ante la perplejidad de su gemela, solo se limitó a decir una palabra.

-Vaffanculo.

Eso bastó para ser la nueva repartidora de allí en más. Mientras tanto, Pablito, aturdido, repetía “vaffanculo” por lo bajo. El seño fruncido y una mueca de curiosidad. No sabía qué quería decir, pero sospechaba que debía ser algo importante. Advirtiéndolo su gesto, Francesca Mangiatutto se movió zigzagueante hasta Pablito. Hizo un óvalo con su manito, como señalando lo que allí había estado pasando.

-“Injusticia”, nene, significa “¡injusticia!”.

Y Pablito asintió con la cabeza, sonriendo. Esa tarde estaba feliz. Ya había aprendido su primera palabra. Y había sacado su primera foto.



Lado B

Cuentan los que saben —o suponen—, que la primera foto de Pablito, en realidad, fue la segunda. La primera habría sido el registro del momento exacto en que Francesca sacudía violentamente a su gemela de un sopapo. Pero esa toma nunca salió a la luz.

Se dice que en ella no se veía en primer plano la cara y el gesto de Abele, la gemela abofeteada, sino su bombacha, fruto de la inclinación excesiva que produjo semejante golpe.

Dos teorías explican la desaparición de la foto:

a) Pablito, como el niño noble y sensible que era, por decoro, rompió la toma.

b) Pocas cosas eran tan populares en el barrio de San Telmo como las “vendettas” de los Mangiatutto. Y no hacía falta ser demasiado intuitivo para comprender sus alcances.

Como fuera, nunca la conocimos. Mejor. Después de todo, ¿qué brillante destino esperaríamos de un incipiente fotógrafo si su ópera prima se reduce al estampado de unos calzones?





El grupo de los tres
Óleo sobre tela – 80 x 60 cm

El opi más recordado

Tres fueron las promesas que Luis le hizo a Margarita: Te amaré por siempre; nada podrá separarnos; y mantendré bajo llave nuestro secreto. Pero la juventud y la belleza, conducidas por la astucia, solo pueden producir Casanovas y Don Juanes, así que, como era de esperar, de las tres promesas no cumplió ninguna.

Aun así, la menor de los López nunca pudo olvidarlo. Siempre atesoró con melancolía la mirada felina de su amante, incluso después del parche de cuero.

Sucedió un viernes, durante la final interbarrial del campeonato de bolita. Pablito observaba paciente, deseoso de immortalizar aquel prometedor momento. Ricardo López, hermano de Margarita, había esperado con perseverancia su coronación como quíntuple campeón, junto a sus dos compañeros. Y lo hubieran logrado si no se hubiese interpuesto entre la victoria y ellos la famosa “tanada” de los Mangiatutto.

Manuel Mangiatutto era íntimo amigo y confidente de Margarita, y como suele suceder, además, su más ferviente enamorado. Sabía de memoria las penas de su dama: el amor inconsolable por su galán y las desilusiones que cada aventura de Luis le causaba. En el hombro de Manuel, Margarita lloraba cada promesa rota de Luis, encubriéndolo y perdonándolo.

Mientras tanto, “el Gato” —así lo llamaban sus amigos—, presumía y se jactaba de su condición de amante libertino. Relataba a Mangiatutto cada detalle de sus aventuras con Margarita López y con todas las otras Margaritas que, como ella, estaban presas de su encanto. Y Manuel soportaba. Soportaba el descaro de Luis, la pena de Margarita y la ignorancia estúpida de Ricardo, quien festejaba cada conquista de su amigo a carcajadas, sin saber que era su hermana una más de entre las tantas mancilladas.

Pero ese viernes, Manuel ya no soportó. Minutos antes del último tiro, luego del flash disparado por Pablito y a solo un Opi de ganar el campeonato, Luis volvió a hacer alarde de sus dones:

—Me hubieras dejado el último tiro a mí, Ricardo. Vos sabés: “ahí donde yo pongo el ojo...” —rio socarronamente, mientrasladeaba su boina.

—Callate gil —Le escupió Manuel—. Vos te hacés el vivo con el hoyo ajeno... Quisiera ver qué harías en su lugar... —clavó en la espalda, con malicia, la frase que cortaría el hilo para siempre.

—Aaaaaah, ¿te hacés el gallito? —retrucó instantáneamente “el gato”.

—¿Yo?! ¡¡¡Sí!!! —le cacareó envalentonado Mangiatutto—. ¿Querés ver cómo canto?

Y a partir de ese momento se desarrolló una escena silenciosa y memorable, un cuadro digno de la mafia italiana. Mangiatutto se acercó levemente al oído de López y le susurró, sosteniendo la mirada del Gato, su adversario, unas breves palabras. El rostro de Ricardo adoptó un rictus de muerte. La humedad de su expiración furiosa pudo verse apelonada en el aire. Manuel sonrió triunfante.

Al secreto le siguió un fugaz silencio, y luego se escucharon algunas palabras sueltas, embarulladas, que formaban parte de una frase fantasmal: “¡Te... dar... Oooopi... a mi hermaaaaana!”. E instantáneamente, con un impecable talento, Ricardo López realizó el tan esperado opi en la córnea de “el Gato” Luis.

Así fue como perdieron el campeonato, y el amor secreto —o no tanto— entre Luis y Margarita cayó en el hoyo oscuro. Hoy solo nos queda de aquella historia el retrato de una amistad malograda, y la certeza de que años más tarde, Margarita, aburrida de vestir santos y de llorar a su amante, se hizo apodar Margot y se internó en las profundas noches del arrabal. Sobre Luis nada se supo. Estaba prohibido en el barrio pronunciar su nombre. Sin embargo, lenguas maliciosas sostienen con firmeza que nunca abandonó su condición de Don Juan y que sigue desplegando sus felinos encantos por ahí, aunque ya no lo llamen “el Gato”, sino Luis Díaz, “el Pirata”.





Corredores
Óleo sobre tela – 60 x 60 cm

Carrera de poetas

Cuando se encargó a Carlos y a Pedro la tarea de escribir unas palabras alusivas para la apertura de la Primera Competencia de Corredores, no pudieron ponerse de acuerdo. Una sola cosa los unía: su pasión por Fangio y las carreras. El resto no existía. Dos caminos paralelos sin puentes. Dos temples distintos. Dos miradas, dos lenguajes... dos mundos opuestos.

A pesar de esta dificultad, siguieron adelante resolviendo el desajuste de una manera singular: Cada uno escribiría y recitaría un breve poema alegórico.

El inicio del espectáculo fue formidable. Cada corredor con su gorra y antiparras, sus pañoletas coloridas al viento, sus vehículos a punto, sus banderines. Una verdadera fiesta de triciclos, motocicletas con sidecar y automóviles; todos agrupados, expectantes, vivaces.

Antes de comenzar el discurso, Pablito Gutierrez se paró ante el palco principal y les pidió a los poetas veloces que posaran para la foto. Lo hicieron con solemnidad y prestancia. Quizá, quién lo sabía, podrían quedar en los anales de la historia.

Finalmente, se leyeron los poemas de apertura. Un momento inolvidable. Lamentablemente Pablito no logró inmortalizar el rostro perplejo de la multitud, inmóvil, extrañada, pues él también lo estaba. El primero en leer fue Pedro, estructurado, recargado, rimbombante, artificioso. Luego Carlitos, oscuro, atormentado, triste; “el poeta maldito”, lo bautizaron algunos visionarios.

No hubo aplausos. Un silencio incómodo reinó en la multitud, que se dispersó hacia sus puestos rápidamente. Lo demás: performances, ganadores, premios, festejos, han quedado debidamente registrados en la Federación de Corredores Asociados. Felizmente, y a pesar de todo, el evento fue catalogado como “grato”, en la memoria de los ciudadanos.

A continuación, transcribimos lo que cada poeta recitó esmeradamente aquella mañana:

Poema de Carlitos:

Correremos veloces,
Contra el tiempo.
Locura.
Pasión.
Desborde.
Espanto.
Destrucción.

Y nos volveremos pájaros,
o murciélagos
ensombrecidos de dolor.
Y por fin,
seremos más rápidos
que el viento
y que la muerte.

Poema de Pedro:

¡Oh! Carros veloces de Apolo, con ahínco esmerado
inspira a estos hombres que te emulan y te honran,
desafiando las vías del infausto destino semoviente.

Levanta en el blanco regazo de tus nobles corceles
a quienes se exultan con la contemplación divina
del que enviaste, Juan Manuel Fangio, Dios terrestre.

Aureola y entroniza con laureles, a tus siervos que te loan.
¡Oh, Apolo!, protégenos y guíanos lejos del Faetón doliente,
y capitanéanos hoy, con tu gracia, hasta la victoria, siempre.

Nota: Al año siguiente, la Comisión Directiva consideró conveniente prescindir de los discursos de apertura. El público y los corredores, agradecidos.





La Margarita
Óleo sobre tela – 60 x 60 cm

Ya no sos mi Margarita...

En la casa de los López nunca había silencio. Decenas de mujeres desfilaban por el taller de la modista cada semana, probando géneros, talles, pinzas, escotes. Los espejos reflejaban un sinnúmero de figuras distintas. Hablaban sin parar contando todo su rosario mientras Marta ajustaba alguna falda o algún ruedo demasiado largo.

A Margarita le encantaba imitarlas. Cuando ya no había nadie, corría al taller de su madre y prendía la radio. Rápidamente, ante sus ojos, nacía un mundo soñado: un sombrero por aquí, un vestido por allá, pañuelo al cuello, unos collares robados a escondidas y alguna cinta para ajustar lo que su pequeñez no sostenía. Jugaba delante del espejo a ser una de ellas.

Al ritmo de algún tango que ondulaba de fondo, taconeaba moviendo torpemente la cadera de un lado al otro del salón. Se aferraba a su cartera haciendo equilibrio y sonreía diciendo: “Adiós, querida”, inclinando la cabeza en señal de cortesía a cada vecina imaginaria.

Esas horas en el taller eran magníficas. Entre géneros livianos, colores, encajes y bordados, construía una pequeña diva en un mundo de adultos improvisado. Cada tarde rompía corazones, encontraba el amor, mataba pasionalmente, moría de pena, lloraba y reía. Su fantasía era inagotable y poderosa. Margarita era feliz.

Su momento preferido llegaba siempre con ese tango que la nombraba, aunque no lo llegara a comprender del todo. Hablaba del percal, del champagne y de magnates, hasta que el cantor salpicaba su nombre entre los lunares de la seda como un presagio inocente: “Ya no sos mi Margarita...”. Entonces reía. Aunque no entendía por qué. Y cantaba taconeando por la galería: “...ahora te llaman Margot”, levantando su hombrito sugerente, entornando los ojos soñadores.

Pero un día dejó los disfraces y jugó, demasiado enserio, a ser una joven enamorada. Fue cuando descubrió cuán distintas eran las penas de las divas a las tristezas reales. Y frente al espejo del amor consumió, poco a poco, sus fantasías felices. Desde entonces, Margarita nunca volvió a ser la misma. Su silueta se fue volviendo tango, sin saber que pronto le estaría destinado comprender los ecos de su propio nombre.





Jaim, el angurrieto
Óleo sobre tela – 60 x 60 cm

Jaim Sabloski, el Llanero Angurriento

El benjamín de los Sablovski era un niño especial. Rodeado del amor inconmensurable de sus padres, no admitía par en casi nada. Jamás prestaba un juguete. Promulgaba el odio hacia su rival Francesca Mangiatutto por el asunto del “tráfico de caramelos”, ampliamente conocido entre los niños. Nunca existían segundos puestos para él en un campeonato, ni atención de maestra que no fuera capturada por sus cotidianos presentes. Le gustaba en sus fantasías palaciegas hacerse llamar “Príncipe Jaim Primero”, aunque en el barrio fuese conocido como “Jaim, el Angurriento”.

Era de esperar que semejante personalidad no admitiera amigos, sino siervos. Sin embargo, el caso de Pablito era distinto. Inexplicablemente era el único al que Jaim trataba con el amor y la generosidad de un hermano. Tal vez porque Pablito, conciliador, siempre accedía a ser su compañero de aventuras. O quizás porque fue al lado suyo que sintió que ya no crecería solo.

El Llanero Solitario era su héroe preferido. Subido a su caballo de madera, que bastante lejos estaba de ser Silver, pasaba las tardes cabalgando aventuras junto a Toro, poniendo a raya a los bandidos imaginarios que raptaban vecinas y presionaban con chantajes corruptos a almaceneros judíos. Rápidamente accedió Pablito a transformarse en piel roja y enfrentar con audacia a las pandillas que hacían el mal, y que curiosamente, por la magia de la mirada infantil, se parecían bastante a los Mangiatutto.

Duró un tiempo corto el placer de las balas de plata. Pablito comenzaba a interesarse cada vez más por los retratos mientras Jaim seguía rodeado de sus sueños heroicos, a los ojos de su amigo, ya infantiles. Pero les quedaba aún un juego más, el último antes de que los tiempos mozos los alcanzaran definitivamente.

Un domingo de abril, Don Efraím cerró el almacén, armó la vianda y dispuso todo lo necesario para un gozoso día en Luján. Hasta allí fue la familia Sablovski a redimir tantos domingos de trabajo. Con generosidad, también invitaron a Pablito. Jaim corrió a subir su caballo, su máscara, sus revólveres, sus historietas y algunos otros juguetes. Luego tendió la mano a su amigo, que solo cupo con su cámara, para que subiera a la camioneta.

Una vez allí, al grito de “¡¡¡Hi-Yo, Silver!!!”, Jaim se bajó del camión y comenzó la aventura. Una revolución plateada corría por su cuerpo. Disparaba allí, corría acá, maniataba a uno, saltaba sobre otro. Pablito, con dos rayas de grasa en sus mejillas lo miraba, clavado al lado del río. Cuando el Llanero Sablovski se cansaba de correr, se montaba en su caballo y se mecía dando gritos desesperados en los rostros de los invisibles villanos: ¡Ahhhhhhhhh!!! ¡Puuuuuuuuuum!! ¡Puuuum! ¡Puuum! ¡Ohhhhhhhhhh malditooo!!! ¡Puuuum! ¡Puuum! ¡Puuum! ¡¡Oooooooooouch!! ¡Noooooooooo! ¡Puuuum-pum.pum.pum!! ¡Aaaaaaaaah!, seguido por la mirada absorta de su amigo, vestido de indio, con los brazos al costado, articulando un desabrido: “Bang-bang”, que hubiera muerto de risa a todas las generaciones de pieles rojas.

La diversión duró poco y Pablito prefirió volver a su cámara. Los juegos infantiles habían quedado atrás. Tenía un mundo por delante para retratar, un mundo fantástico y misterioso, y no lo haría vestido de indio. Convenció a su amigo de que era mejor un fotógrafo que inmortalizara su heroico porte a un piel roja aburrido con dolor de muñecas. Así lo entendió Jaim, quien festejó secretamente el abandono por ser ahora un verdadero Llanero “Solitario”.

Pablito sacó la foto y Jaim Sablovski estaba contento. Ahora sí, él tendría todo un mundo de aventuras e historias para él solito... ¡Solito!





Soñando
Óleo sobre tela – 50 x 50 cm

Carlitos quiere llegar al cielo

¿Qué tan alto puede escalar una hamaca? ¿Dos? ¿Tres? ¿Seis metros sobre el suelo hasta ganar la vuelta y dejarse caer, como impulsada por ágiles dedos invisibles, completando el círculo? Aun así, nada sería suficiente: nunca podría una hamaca subir tan alto como para llegar al cielo. Nunca. El cielo está demasiado alto y volar, pensó Carlitos Ledezma, solo es atributo de los pájaros.

Apenas un niño, probó escalando muros, trepando a los árboles, conquistando varios techos. Todo con el mismo resultado. Más tarde probó con los rodados, y ya no fue tan vano, descubrió que la velocidad era lo más parecido a volar, aunque con los pies sobre el asfalto. Y cuando no estaba corriendo, era la hamaca el lugar para sus horas: yendo y viniendo... elevándose.

En ese tiempo de columpio, Carlitos era feliz. Una felicidad voluble, escurridiza, que acababa al poner los pies en tierra. Entonces escribía. Decía que era la única forma de seguir elevado. No tuvo amigos, más que su hamaca. Algunos lo habían bautizado el “poeta oscuro”, otros “el niño triste”; su expresión melancólica no le daba tregua, y hasta se apoderaba desgarradamente de sus versos.

Por ese entonces Pablito solía frecuentar la plaza. Siempre mirando hacia arriba, se divertía enmarcando las copas otoñales de los árboles que se recortaban en el cielo. Le gustaban los pinos, que a pesar de la vejez pasajera de sus pares, seguía verde, siempre verde y jovial en el paisaje celeste. En ese ángulo conoció a Carlitos. Se interpuso entre un abeto y su cámara. Apareció así, de repente, como si fuese un pájaro de cara al viento.

Algunas palabras acortaron las distancias. Después algunos versos compartidos. Alguien los había escuchado hablar de sus pasiones, las carreras, los retratos, de la gente que pasaba y sus vidas grises, del ojo que las mira, de las manos que la escriben. Hablaron también de la tristeza. No compartieron risas. Tampoco secretos. No fue una amistad pero hubiera podido serlo. Compartieron sí un espacio sin relojes, liviano, sin mundano peso.

Un día, al volver a la plaza por sus fotos, la hamaca estaba inmóvil. Vacía. Dos, tres, seis veces buscó a Carlitos sentado en ella, jugando al pájaro. Fue entonces que Pablito aprendió la ausencia. Encuadró al abeto esperando, pero algo le sopló al oído que ya no alzara las manos. Tal vez fue el viento. Nunca más volvió a esa plaza. Y prefirió, desde entonces, fijar sus ojos en la tierra.

Los que lo vieron irse, dicen que murmuraba algunos versos: “Y nos volveremos pájaros... Y por fin, seremos más rápidos que el viento, que la muerte”.





Los ejercicios de Miguelito
Óleo sobre tela – 60 x 60 cm

El loco Miguelito

Miguelito era mecánico. Había aprendido el oficio desde muy chiquito, de puro inquieto, metida la trompa entre los coches que Don Abulio arreglaba en el taller. Siempre andaba con grasa hasta las orejas, el mameluco roído, las manos enchastradas. Cuando se apasionaba con algo no paraba, era un trompo frenético, enloquecido. Irreverente.

Como todo mecánico, además, amaba las carreras. También el boxeo. Bastaba una chispa, una pequeña chispa que encendiera su enojo para trompear a cualquiera que no entendiera que “La vieja, Fangio y Pascualito son sagrados”. Cada tanto terminaba escapándose con disimulo de alguna trifulca que él mismo había generado, y que otros seguían mientras se alejaba tarareando un tango.

Las señoras del barrio lo odiaban. En las cofradías de almacén solían llamarlo “El petiso orejudo”. Se paraban sus corazones de solo pensar que ese engendro podría pretender a sus niveas hijas. Y él se divertía. “¡Salga de acá, zaparrastroso!, ¿no ve que estoy baldeando?”, le gritaba cada mañana una de ellas, mientras él se escapaba de los escobazos, riendo a carcajadas, con sus zapatones embarrados.

Era conocido entre los muchachitos de su edad, no solo por su particular carácter sino por sus extrañas ideas. La última consistía en introducirse en el mundo de la gimnasia para conquistar jovencitas. Pero no se conformaba con aventurarse solo, siempre arrastraba a sus amigos que terminaban, casi sin saber cómo, siendo cómplices de esas locuras.

Los sábados por la tarde, mientras las chicas paseaban en grupos por la plaza, Miguelito y sus secuaces montaban numeritos de destreza física para impresionarlas. Prefirió las pesas al pugilato porque temía que su rudeza pudiera asustarlas. Pablito, que asistió una vez al espectáculo, retrató divertido el paso de comedia que el loco Miguelito parecía estar dando.

Por cada pesa levantada una chica era nombrada: Ana, Alicia, Marta, Graciela, con el derecho; Beatriz, Estela, Ana, Rosa, con el izquierdo. Risitas contenidas sonaban entre las muchachas. Irma, Nora, Silvia, Teresa; Ana, Rita, Mirta, Delia. Sus amigos vivaban cada tanto con divertido entusiasmo: “¡Vamos Loooco!”, y Miguelito completaba su lista con los nombres de las chicas que apenas si habían llamado su atención: Juana, Marisa, Julia, Rebeca.

Algunos notaron rápidamente su inclinación por nombrar a Ana más de una vez por ronda. Esto levantó las sospechas de Silvia que, herida, se retiró con Sonia, quien ni siquiera había sido considerada. El episodio trajo, además, algunos problemas con los pretendientes de Alicia y Beatriz, que habían calificado sospechosamente entre los primeros lugares, y también las burlas punzantes de Juana y Marisa, molestas en su orgullo por los últimos puestos.

La quinta demostración gimnástica lamentablemente terminó en pugilato. Como siempre, Miguelito logró escapar escurriéndose. Pero, sorpresivamente, como dardo envenenado, Ana clavó su nombre de un grito en los oídos de los galanes ofendidos, y una vez descubierto, lo destrozaron. Jamás perdonó su corazón la traición de Ana. Ni pudo olvidar algunos golpes que le sacudieron hasta la grasa.

Dicen en el barrio que finalmente, años después, se casó con Silvia, y que ante la mirada rencorosa de algunos maridos, prefirieron irse a vivir a Villa Urquiza.





Rebeca
Óleo sobre tela – 50 x 60 cm

Rebeca

La había mirado varias veces, sin embargo nunca la había visto. Era de esas chicas que el ajetreo cotidiano esconde fácilmente, aunque bastaron un rayo de sol y una brisa descuidada para que los ojos de Pablito la nombraran para siempre. Se llamaba Rebeca.

Sencilla, suave, aniñada, saltaba a la cuerda trepando escalones invisibles. Jugaba con sus hermanas en la plaza, quienes le revoloteaban alrededor como mariposas almidonadas. Una imagen bella que Pablito se detuvo a mirar largamente. Rebeca tarareaba una canción mientras el viento besaba sus mejillas, el momento perfecto para ser retratada. Pero algo en él se resistía.

¿Cómo apartar sus propios ojos de allí y esconderlos tras la lente? Imposible. Sentía que de hacerlo, ese valioso instante se le escaparía. Prefirió, entonces, contemplarla. Recordó que Carlitos le había dicho alguna vez que la magia no está en las cosas, sino en la mirada que las cuenta. Por eso él amaba su escritura tanto como Pablito amaba su cámara. El mundo sin ellas no era más que un conjunto gris de rostros y sucesos. Pero no en este caso. Con Rebeca era diferente.

Tal vez minutos u horas permaneció Pablito viéndola, sentado sobre los adoquines. Los ojos soñadores, su cámara a un costado. El tiempo suficiente para que ella advirtiera su mirada, que la descubría bella y joven, arrancada de una infancia apenas remota. Esa tarde la acompañó hasta su casa, mientras el sol se guardaba bajo los techos. Fue la primera tarde de muchas.

Desde entonces, algo sucedió. Ya no más fotos ni retratos para Pablito Gutierrez. Algunos dicen que la gris realidad, finalmente, también se proyectó sobre su sombra. Otros, en cambio, prefieren creer que eligió ver el mundo sin lentes, con su propia magia, magia chiquita, modesta, a veces deforme y curiosa, pero magia en fin. También están los que dicen que fue el amor la nueva lente con que Pablito decidió mirar las cosas.

Como fuese, la cámara alcanzó un cajón y la lente mágica duerme una siesta oscura. El tiempo solo nos dejó su nombre, aunque no su rostro. Y también sus retratos. Y sus historias.



Epílogo

Los amigos de Pablito Gutierrez nació casi como un juego, una ocurrencia. En el camino maduró, se transformó, cobró forma, cuerpo, y se llenó de ideas. Tal vez es la materialización de muchos otros seres que dos amigos que aman el arte han creado a lo largo de algunos años compartidos.

El arte en colaboración tiene un sabor especial. Danzar con las ideas del otro, hallar una sintonía común y lograr un lenguaje que los represente es un complejo proceso artístico y humano. Pero cuando la idea es fuerte y tiene vida propia, los artistas no hacen más que caminar tras ella, guiados por su luz, por las marcas que va imprimiendo en sus miradas.

Por eso este proyecto es un proyecto sobre la mirada, en muchos sentidos. Miramos y somos mirados. Miramos el mundo a través de la pintura y la literatura, desde nuestros ojos, pero también desde nuestros personajes interiores. Y así construimos realidad. Lo mismo hace Pablito Gutierrez con la extraña realidad que lo rodea. Lo mismo hacen los lectores y espectadores con Pablito. Y en definitiva, toda realidad resulta una cuestión de perspectivas, donde todo se mezcla, donde nada es lo que parece ser. O sí. Y en eso nos va la vida: entre lo que somos y lo que creemos que somos, entre lo que es y lo que creemos que es.

En este camino de historias, de creación, de trabajo, mucha gente nos ha tomado de la mano y caminó a nuestro lado. Agradecemos a nuestras familias, a nuestros amores, a nuestros amigos que han visto crecer a Pablito y a nosotros también. Gracias por su tiempo, sus críticas, su apoyo y su colaboración.

Gracias también a los que nos han impulsado con el aliento, haciéndonos entender que vale la pena hacer.

Y como con el hacer viene el compartir, gracias a los que se aventuraron a compartir este mundo de creación con nosotros, que se detuvieron en los cuadros, que transitaron por los textos.

Nos encantaría que, si han llegado hasta aquí, puedan sentirse parte, tanto como nosotros, de este mundo imaginario pero a la vez real de Los amigos de Pablito Gutierrez, y que ustedes también se reconozcan, a partir de hoy, entre sus amigos.



Los amigos detrás de la idea...

Javier Zeba



Nunca necesitó decir qué quería ser “cuando fuese grande”, porque estaba demasiado ocupado dibujando y pintando. Niño prolijo y creativo, siempre le gustó el otoño y las ventanillas del colectivo al volver de la escuela, un recuadro perfecto para una imagen bella. Así, años después, elegiría acercarse a la fotografía. Se desempeñó pues como fotógrafo publicitario y artístico.

Más tarde, entendió que el mundo del arte tenía muchos senderos fantásticos por recorrer. En este momento, asistió al taller de dibujo y pintura de Eleonora Pérez Curtó y comenzó su búsqueda adulta como artista plástico. Actualmente estudia la carrera de Bellas Artes, participando en exposiciones individuales y colectivas desde el año 2008. Y si miran bien, pueden verlo como a Wally, escondido entre la multitud, con sus óleos y carpetas bajo el brazo, circulando por la ciudad, en busca de una nueva imagen.



Mariana Cerrillo

Tanto hablaba esta niña que no pudo evitar hacer de esto un modo de vida. Y entre disfraces e historias intrincadas, nació su amor por la fantasía, la literatura. En su onceavo cumpleaños recibió de regalo la libreta donde escribiría su primer poema. No era, claro, como los que estudiaría en la carrera de Letras muchos años después.

Niña inquieta y curiosa, nunca pudo curarse de ese espíritu de pirueta múltiple. Por eso, cuando le preguntan a qué se dedica, responde docente, investigadora, correctora y ama de casa, que es entre todas sus ocupaciones, la más seria y la más difícil. Y con su curiosidad crecieron también sus ganas de hablar, en talleres, en revistas, en libros y en congresos. Actualmente, como su cabeza se llenó de palabras que se multiplicaron durante tantos años, estudia Filosofía, solo con la intención de ver si puede ordenarlas.



marianacerrillo@hotmail.com | javiermzeba@gmail.com